

Ontología y sujeto: ¿Cómo pensar el neoliberalismo en clave filosófica?

Roque Farrán

El neoliberalismo es *ideológicamente* revolucionario y transformador, promueve la posibilidad de cambio hasta el delirio: el cielo es el límite y cualquiera puede cualquier cosa, si se lo propone y se esfuerza en pos de ello. Es *políticamente* reaccionario y conservador, se alía siempre con los sectores más oscuros y rancios de la sociedad, desconfiando de los movimientos populares y sus modos singulares de organización; rechazando o relativizando, por ende, la posibilidad de un acontecimiento político anómalo que reestructure la situación y habilite la emergencia de nuevas capacidades políticas y liderazgos carismáticos. Es *económicamente* destructivo y homogeneizador, porque al promover la desregulación del mercado, la competencia descarnada y el individualismo a ultranza, deja librado el juego al acaparamiento de los que ya contaban con recursos materiales, produciendo un aplanamiento de la actividad productiva que se concentra cada vez más en el lucro y la especulación financiera, destruyendo todo lo que se le interpone: naturaleza, ciudades, relaciones sociales, invenciones técnicas, producciones singulares, etcétera. Encontrar otro modo de ser que anude coherentemente las dimensiones políticas, ideológicas y económicas que nos constituyen, es asunto de suma urgencia: *todos tendríamos que estar pensando en ello, por todos los medios posibles, porque es asunto de vida o muerte, para la especie en su conjunto.*

Establecido esto quisiera proponer una tesis radical respecto al neoliberalismo. Antes que una ideología, una forma de gobierno, o un modo de organizar la economía, el neoliberalismo es *la ontología misma*. O sea, es

el discurso y la práctica que más se acercan a eso que Occidente ha intentado pensar como ser en tanto que ser: pura multiplicidad descualificada, no asignable a ningún lugar o presentación específica, ni reductible a ningún predicado característico; de ahí su efectividad. El neoliberalismo empalma lo real directamente a un discurso práctico sobre el ser mismo de las cosas, bajo un modo exclusivamente técnico-objetual que prescinde de cualquier ética o constitución subjetiva para su a-problemática y descontrolada difusión.

Es sabido, al menos de Marx a esta parte, que la forma-mercancía por la cual el lenguaje capital nos habla, permite abstraer el valor de uso y las cualidades concretas de los productos que entran en el intercambio social regulado por el mercado, ceñido a la lógica exclusiva de la oferta y la demanda, a un costo cuya magnitud en verdad desconocemos. Esto ha llegado muy lejos con el neoliberalismo, a punto tal que no hay actividad humana o inhumana alguna que hoy no pueda ser inscriptas en su lógica de producción, circulación y consumo. Contrariamente a lo que sostienen los ideólogos del neoliberalismo (que son “ontólogos sin saberlo”), en sus alegatos contra cualquier tipo de control o regulación estatal, nos encontramos ante el régimen totalitario más abyecto jamás concebido en la historia de la humanidad. Si sostenemos que el neoliberalismo es *la ontología consumada*, el orden del ser-en-tanto-ser, entonces entenderemos que en verdad no hay ni puede haber allí lugar para nada que sea del orden del acontecimiento y de la constitución subjetiva (lo que no-es-el-ser-entanto-que-ser), con todo lo que ello entraña de azar, de riesgo, de apuesta y de fidelidad inventiva. Más acá de todas las banalidades que entraña el *empresario de sí* y otras figuras subjetivas que dicen acompañar este estado de cosas, lo cierto es que no hay ni puede haber allí una *verdadera teoría del sujeto*.¹

Por ende, la “madre de todas las batallas”, el foco donde apuntan todas las estrategias y tácticas de intervención, los más diversos poderes, se

¹ Badiou dice que del sujeto solo puede haber teoría: “Decir que hay teoría formal del sujeto se toma en el sentido fuerte: del sujeto no puede haber sino teoría. Sujeto es el índice nominal de un concepto que hay que construir en un campo de pensamiento singular, aquí la filosofía”. *Lógicas de los mundos*, Buenos Aires, Manantial, 2008, p. 65.

encuentra hoy en las subjetividades; hay un secuestro permanente de las subjetividades y una guerra encarnizada por impedir que accedamos a nosotros mismos, que nos constituyamos como sujetos (incluso en la proliferación de discursos *New Age* que apuntan a interpelar un individuo que puede cualquier cosa sin ocuparse verdaderamente de sí). Por eso la sentencia socrática sigue siendo actual, y más actual que nunca: ¡ocúpense de sí mismos!

Se habrá advertido a esta altura del texto que he deslizado algunos términos filosóficos “altamente especulativos” para plantear la problemática política concreta que nos atañe, el neoliberalismo. Más precisamente estoy empleando, aunque no sin imprimirles cierto forzamiento y desnaturalización producto de mi propia práctica teórica, ciertas tesis y conceptos propuestos por Alain Badiou. En primer lugar porque considero, junto a este autor, que la liquidación del pensamiento actual que entraña la ontología neoliberal exige, contra todo posmodernismo multicultural, replantear algunos conceptos nodales que nos vienen fundamentalmente de la modernidad, tales como: ser, sujeto, verdad. En segundo lugar, porque pienso que la gran teoría contemporánea del sujeto es aquella que se desprende de la filosofía del maestro francés; pues allí no son escatimados recursos para su constitución compleja: desde las matemáticas modernas, pasando por el marxismo y el psicoanálisis, hasta un recorrido si no exhaustivo al menos bastante amplio por varios de los trayectos más significativos de la historia del pensamiento occidental (política revolucionaria, arte de vanguardia, historia de la filosofía, etc.).

Aunque Badiou no habla de “neoliberalismo” sino más bien de “nihilismo”, resulta contundente y esclarecedor su diagnóstico de nuestro tiempo.

Por lo que respecta al “nihilismo”, admitiremos que nuestra época testimonia de ello, en la exacta medida en que entendemos por nihilismo *la ruptura de la figura tradicional del vínculo*, la desvinculación como forma de ser de todo lo que tiene apariencia de vínculo. Es indudable que nuestro tiempo se sustenta en una especie de atomística generalizada, ya que ninguna sanción simbólica del vínculo es capaz de resistir al poder abstracto del capital. Si todo lo que está vinculado revela que en tanto que ser

está desvinculado, si el reino de lo múltiple es el fondo sin fondo de lo que se presenta sin excepción, si lo Uno no es más que el resultado de operaciones transitorias, es a causa del efecto ineluctable de la ordenación universal de los términos de nuestra situación, en el movimiento circulante del equivalente general monetario.²

Por supuesto, remite a la clásica cita de Marx sobre *la disolución de todos los vínculos sagrados* y se pronuncia en contra de cualquier retorno nostálgico a tiempos comunales pre-capitalistas, incluso demanda un paso más respecto al uso e innovación de la técnica en el marco del capitalismo, porque el nihilismo no es la palabra última para acceder a la comprensión de nuestro tiempo. Es aquí donde aparece la “virtud propiamente ontológica” del capital, en palabras de Alain Badiou:

No obstante, tanto para Marx como para nosotros, la desacralización no es en absoluto nihilista, en tanto que “nihilismo” debe designar aquello que pronuncia que el acceso al ser y a la verdad es imposible. Al contrario, la desacralización es una *condición necesaria* para que dicho acceso se abra al pensamiento. Es evidentemente lo único que se puede y se debe saludar en el capital: pone al descubierto lo múltiple puro como fondo de la presentación, denuncia todo efecto de Uno como simple configuración precaria, destituye las representaciones simbólicas donde el vínculo encontraba una apariencia de ser. El hecho de que esta destitución opere en la más absoluta barbarie no debe disimular su virtud propiamente *ontológica*. ¿A qué debemos la emancipación del mito de la Presencia, de la garantía que ésta acuerda a la sustancialidad de los vínculos y a la perennidad de las relaciones esenciales, sino a la automaticidad errante del capital? Para pensar más allá del capital y de su prescripción mediocre (la cuenta general del tiempo) hay que partir de lo que ha revelado: el ser es esencialmente múltiple, la Presencia sagrada es pura apariencia, y la verdad, como todas las cosas, si existe, no es una revelación, mucho menos la proximidad de lo que se retira. Es un procedimiento regulado, cuyo resultado es un múltiple suplementario.³

² A. Badiou, *Manifiesto por la filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007, p. 33.

³ *Ibíd.*, p. 34.

Sin embargo, nos encontramos ante un límite infranqueable, un impasse: la teoría del sujeto de Badiou depende esencialmente del azar acontecimental, por eso no hay ni puede haber preparación del sujeto, sólo ocurrencia azarosa de un encuentro y de allí en más la fidelidad militante por la cual se constituye. En ese punto pienso que resulta crucial volver sobre el último Foucault –ser honestos intelectualmente con su último giro subjetivo, luego de la tristemente célebre “muerte del sujeto”– e indagar en torno de esas “prácticas de sí” que preparan a los individuos para acceder a una verdad; y que los preparan no de cualquier manera sino afectando su ser mismo; se trata de una verdadera *mutación ontológica* la que se debe afrontar para sostener un *ethos* crítico que implique la interrogación recíproca de las prácticas políticas, epistémicas y éticas que nos constituyen al presente. Es decir, tenemos que pasar de esa ontología consumada de las multiplicidades puras, descualificadas, que sostiene sin problemas el neoliberalismo –verdadero “proceso sin sujeto”– a una “ontología crítica de nosotros mismos” que resulte esencialmente problemática y problematizadora de cómo nos constituimos en tanto sujetos de saber, poder y cuidado. Allí los acontecimientos no serán tan excepcionales pues son, en verdad, los que hacen al mundo en su materialidad y actualidad constantemente interrogadas; el asunto, como decían los antiguos estoicos, pasa más bien por transformar los accidentes en acontecimientos.

Los últimos cursos de Foucault son reveladores en este sentido: se encuentran repletos de huellas a seguir para nuevas investigaciones en torno al sujeto, la subjetividad y su relación con la verdad.⁴ Sin embargo,

⁴ El sentido común filosófico sigue asociando el pensamiento de Foucault a la célebre “muerte del sujeto” y desconoce las fuertes autocríticas y reelaboraciones a las que él mismo sometió su pensamiento: “Cuando hablo de la muerte del hombre, mi intención es poner fin a todo lo que quiere fijar una regla de producción, una meta esencial a esa producción del hombre por el hombre. En *Las palabras y las cosas* me equivoqué al presentar esa muerte como algo que sucedía en nuestra época. Confundí dos aspectos. El primero es un fenómeno en pequeña escala: la constatación de que, en las diferentes ciencias humanas que se desarrollaron –una experiencia en la cual el hombre comprometía, transformándola, su propia subjetividad–, nunca estuvo el hombre al final de los destinos del hombre.

los comentarios que se pueden leer hasta el momento de algunos críticos y especialistas son un tanto mezquinos, limitados o insuficientes. No le hacen justicia a semejante pensamiento ni despuntan el deseo de investigación que era su sino. Hay quienes llegan a sostener que con el “giro ético” Foucault renuncia directamente a sus análisis críticos sobre el poder y se vuelve casi un neoliberal (una tesis que, sin ni siquiera a meterse a desmenuzar sus últimos cursos en el *Collège de France*, parece deslizar irresponsablemente un tal Lagasnerie). No es así de ningún modo. El último Foucault nos deja a la zaga, por lejos, basta zambullirse al azar en cualquiera de las clases de esos cursos para encontrar materiales preciosos. Por ejemplo, en *Hermenéutica del sujeto* el maestro francés se refiere al tipo de expresiones de las que se alimenta el discurso *New Age* y que circulan aún hoy, tales como “ser uno mismo”, “liberarse”, “ser auténtico”, etc., y encuentra allí, ante esa imposibilidad de pensar, una tarea fundamental, urgente, que es en esencia política:

Y tal vez en esta serie de empresas para reconstituir una ética del yo, en esta serie de esfuerzos, más o menos interrumpidos, inmovilizados en sí mismos, y en ese movimiento que hoy nos hace a la vez referirnos sin cesar a esta ética del yo, sin darle jamás ningún contenido, me parece que es preciso sospechar algo así como una imposibilidad de constituir en la actualidad una ética del yo, cuando en realidad su constitución sea acaso una tarea urgente, fundamental, políticamente indispensable, si es cierto,

Si la promesa de las ciencias humanas había sido hacernos descubrir al hombre, es indudable que no lo cumplieron; pero, como experiencia cultural general, se había tratado más bien de la nueva constitución de una subjetividad a través de una operación de reducción del sujeto humano a un objeto de conocimiento.

El segundo aspecto que confundí con el precedente es que en el transcurso de su historia los hombres jamás cesaron de construirse a sí mismos, es decir, de desplazar continuamente su subjetividad, constituirse en una serie infinita y múltiple de subjetividades diferentes y que nunca tendrán fin y no nos pondrán jamás frente a algo que sea el hombre. Los hombres se embarcan perpetuamente en un proceso que, al constituir objetos, al mismo tiempo los desplaza, los deforma, los transforma y los transfigura como sujeto”. *La inquietud por la verdad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, p. 74.

después de todo, que no hay otro punto, primero y último, de resistencia al poder político que en la relación de sí consigo.⁵

Tenemos así indicada y circunscripta la pulsión contemporánea de “volver sobre sí mismo” y a la vez la imposibilidad de darle a ese gesto un contenido, una dimensión real que conecte con el sentido político de tal gesto. Luego Foucault continúa exponiendo cómo la noción de gubernamentalidad le permite enlazar las dimensiones políticas y éticas aludidas:

Si prefieren que lo exprese en otros términos, lo que quiero decir es esto: si se toma la cuestión del poder, del poder político, y se la vuelve a situar en la cuestión más general de la gubernamentalidad –gubernamentalidad entendida como un campo estratégico de relaciones de poder, en el sentido más amplio del término y no simplemente político–, por lo tanto, si se entiende por gubernamentalidad un campo estratégico de relaciones de poder, en lo que tienen de móviles, transformables, reversibles, creo que la reflexión sobre esta noción de gubernamentalidad no puede dejar de pasar, teórica y prácticamente, por el elemento de un sujeto que se definiría por la relación de sí consigo. Mientras que la teoría del poder político como institución se refiere por lo común a una concepción jurídica del sujeto de derecho, me parece que el análisis de la gubernamentalidad –es decir: el análisis del poder como conjunto de relaciones reversibles– debe referirse a una ética del sujeto definido por la relación de sí consigo.⁶

Entonces, más acá de la cuestión de los derechos y del sujeto definido a partir de ese dispositivo exclusivo, resulta indispensable generar otros dispositivos y prácticas que permitan al sujeto entrar en una relación activa y productiva consigo mismo (quizás por aquí podría leerse el famoso “empoderamiento” del que habla CFK), para resistir el poder político establecido y revertir esas relaciones de poder junto a otros.

⁵ M. Foucault, *La hermenéutica del sujeto: curso en el Collège de France, 1981-1982*, Buenos Aires, FCE, 2002, p. 246.

⁶ *Ibid.*, p. 246-7.

Entre estas prácticas de sí, la *parresia* resulta clave. Con la *parresia*, a la cual dedica sus dos últimos cursos en el *Collège de France*, *El gobierno de sí y de los otros* y *El coraje de la verdad*, Foucault puede rearticular las dimensiones éticas, epistémicas y políticas indagadas anteriormente al tiempo que sostiene su mutua implicación filosófica. El decir veraz, la práctica de la *parresia*, no es decir cualquier cosa; no sólo porque está en juego la propia vida allí, en semejante enunciación, sino porque implica un anudamiento riguroso del enunciado que responde a tres dimensiones irreductibles: veridicción, gubernamentalidad, subjetivación. Decir la verdad, pues, no implica la forma de adecuación a un objeto (objetivismo, positivismo) ni la mera expresividad de un sujeto (subjetivismo, esteticismo), remite al triple nudo de saber-poder-cuidado por el cual nos constituimos junto a los otros, el mundo y sus objetos (ontología crítica del presente).

Por el contrario, hay que pensar muy seriamente que el neoliberalismo es el anarcocapitalismo consumado y que no hay allí una verdadera gubernamentalidad que vincule saber, poder y cuidado; lo que hay en distintos niveles son expertos, idiotas caprichosos y *managers* del alma. El neoliberalismo no gobierna, más bien improvisa. Por eso considero que la orientación del último Foucault, junto a la teoría badiouana del sujeto, resultan clave para anudar esas dimensiones irreductibles que nos constituyen: una verdadera gubernamentalidad pensada en términos de *nodalidad* que evite tanto la tentación de una totalidad imposible como el individualismo autonomista que promete el liberalismo. Esta nodalidad es siempre singular-universal, es decir, no entra en un régimen de equivalencias indistintas sino que se compone junto a otros en lo que tienen de irreductible, real, material.

Por ende, una *nueva crítica de la economía política* que lo sea a su vez de la economía libidinal, debe comenzar por una crítica del valor que es su fundamento; lo cual conduce a la cuestión del Uno, la calculabilidad y la abstracción real; la posibilidad de un sujeto que resista la reducción a cualquier contabilidad, se encuentra en el nudo, en el trenzado, en el anudamiento solidario y material que se hace de hábito, afecto y pensamiento. Lo real del nudo es la irreductibilidad de sus componentes, sean cua-

les sean. Lo real no es incognoscible ni es sólo abordable científica o angustiosamente; lo real es el nudo, e implica un conjunto de dispositivos heterogéneos: ontología, política, filosofía. La independencia sólo puede resultar de una crítica radical, esto es, conducida hasta la raíz de los registros y prácticas que nos constituyen, atravesando todos los niveles de la existencia, individuales o colectivos.⁷

Sin embargo, la crítica no puede desentenderse de la implicación subjetiva. Un peligro que acecha las interpretaciones ensayadas a menudo sobre las elecciones políticas y sus persistencias, no obstante, es el de cargar demasiado las tintas sobre la remanida cuestión de la “servidumbre voluntaria” y el hacer así, en consecuencia, una alusión muy general en lo que concierne al goce como factor explicativo de la repetición de lo peor. Creo que hace falta un poco más de trabajo teórico *a la vez que práctico* para pensar la “servidumbre voluntaria” y el “síndrome de Estocolmo” (ver por ejemplo el artículo de Forster),⁸ asiduamente invocados en estos casos, como efectos desencadenados (sintomáticos) de la compleja articulación pulsional que constituye al sujeto: deseo-placer-destrucción. Y hacerlo no sólo a través de la elucidación del operativo mediático sino de las condiciones históricas y los múltiples dispositivos que contribuyen a esta descomposición. En concreto: por qué y cómo puede primar la pulsión de muerte por sobre la pulsión de autoconservación y la pulsión sexual, sin desconocer que el sujeto se compone de todas ellas y no es posible, por tanto, apelar a un *supuesto sujeto racional depurado de goce* (sin aparato pulsional) que acceda a una comprensión inmediata y transparente de la cosa política. Hace falta articular otros saberes, prácticas de sí y formas de abordaje de las relaciones de poder, considerando minuciosamente sus singulares modos de imbricación. Hace falta mostrar la variedad de modos de goce en su rigurosa singularidad, y dar lugar a través de la escritura, el pensamiento y la exposición de ellos, a que se

⁷ He explorado estas tesis en múltiples trabajos, por indicar el último, véase R. Farrán, *Nodal. Método, estado, sujeto*, Buenos Aires, La cebra/Palinodia, 2016.

⁸ En línea: <http://www.veintitres.com.ar/article/details/59070/la-servidumbre-voluntaria>

abra mínimamente la posibilidad de captar cómo es que no se reducen a una estructura de simple oposición externa.

Antes que nada hay que asumir un punto de implicación singular en lo que concierne al goce dominante, evitando una postura excepcionalista del tipo: “ellos gozan como locos, se someten incomprensiblemente, y nosotros no”; posición que reforzaría un dualismo circular y vicioso. El neoliberalismo y la economía libidinal del capitalismo nos atraviesan a todos sin excepción, lo cual abre paradójicamente un lugar singular para su elaboración. Se trata de asumir, como dicen las feministas, que “lo personal es político”.⁹ Pero lo personal es político sólo a condición de que se cuestione su propia forma lógica (particular) y su contenido autorreferencial (biográfico) hasta el punto de poder invocar-interpelar-llamar otras personalidades que, a su vez, también deberán deponer sus particularidades biográficas; de modo tal que se vaya constituyendo una red de singularidades impersonales o genéricas transversales; de modo tal que se vaya tramando así *una vida política sin excepción*. Pero, acaso, ¿todo es política en la vida? Por supuesto que no. Hay que sostener que no-todo es política (y además que la política es no-toda), no porque haya algo particular que no sea político, sino porque hay que afirmar al mismo tiempo que “no hay nada que no sea político”, es decir, no hay ninguna excepción a la

⁹ Estoy convencido de que “lo personal es político”; pero creo que hay que despersonalizar cuando algún pobre de espíritu no alcanza a politizar su personalidad (tal es el caso de las declaraciones de Gustavo Cordera), con el verdadero riesgo de exposición que ello entraña, y es más bien hablado por otros: por lógicas y fuerzas sistémicas que no tienen nada de místico para nosotros, los modernos, pero que son más amplias que las malas o buenas intenciones personales, las malas o buenas influencias a las que se ven sometidos nuestros estultos. Todo esto que digo no es para desresponsabilizarlos por sus dichos, al contrario, es para enfocar bien el problema: no son la encarnación del mal, no hay que responderles con moralina, hay que instarlos a que no sean idiotas y se ocupen de sí mismos; las luchas políticas pasan por otros lados. En cualquier caso, todos sabemos que los verdaderos perversos jamás se exponen. Por otra parte, estoy cansado de escuchar hablar del deseo para justificar cualquier idiotez, es pura masturbación; si se supiera lo que implica el deseo en verdad y lo que cuesta enganchar una vida a su travesía, no se dirían tantas necedades; pero de esa fácil confusión se alimenta el capitalismo “supuestamente” deseante.

política (nada que no se vea contaminado por ella, de alguna forma no totalizable); por ende, la política concreta-material-efectiva se asume siempre de manera imprevista, sin contornos definidos, en lo que toma, afirma y anuda una vida.

Si me preguntaran entonces qué hacer con el goce, diría pues, en principio aceptarlo: asumir su estructura inercial de repetición y buscar el punto exacto donde se pueda introducir una diferencia. Diferencia ética que responde al trabajo de sí, pliegue de fuerzas o anudamiento (según la topología sea de superficies o de cuerpos). Algunos pensarán que esto remite a la individualidad y al solipsismo, pero cuando uno encuentra el punto de incidencia en la trama de repetición histórico-estructural, es porque se ha dividido (ya no es uno) y ha hallado el borde pulsional donde comunica con la multiplicidad insondable que somos, en común; allí las dicotomías típicas (individuo/colectivo, teoría/práctica, vida/muerte, particular/universal, etc.) dejan de funcionar. Luego se trata de llevar adelante una práctica política inmanente que da lugar a lo *múltiple indiscernible* en cualquiera de sus formas: científicas, artísticas, psicoanalíticas, filosóficas, etc. Cada quien sabe dónde puede operar con el goce irreductible que lo singulariza; no todos podemos con todo; es cuestión de estilo. Hace bien saberlo: efecto pacificador del contragolpe de la verdad a la que se accede en el acto. Creo que las propuestas políticas que llaman a “articular heterogeneidades” y a constituir un “frente ciudadano transversal” deben tener en cuenta estas consideraciones ontológico-políticas, si el deseo es que la cosa funcione más acá de cualquier pragmatismo cortoplacista.

En fin, para decir rápido cuestiones a seguir pensando y elaborando: la producción real, material de sí, se hace a partir de la localización y elaboración de un resto que resulta irreductible al ámbito significativo y se traduce en una práctica concreta; para eso tiene que haberse producido cierto “agotamiento del cogito”, como decía Lacan, cierto entrecruzamiento de dimensiones que resulta irreductible y al mismo tiempo material, plástico, maleable o trabajable en cierto sentido (orientado). El trabajo de sí, la producción de sí no está guiada por un mero voluntarismo de la razón o un esteticismo apasionado, al menos si parte de lo irremediable: asun-